



EFFECTOS ECONOMICOS DE LAS GRANDES CONTIENDAS

Capitán HERNAN OCHOA P.

Tanto los datos como las ideas expresadas en el presente artículo, buscan solo despertar en el lector un interés investigativo en relación con el tema tratado. Son muchos los autores que se han ocupado de investigar y analizar las causas y efectos de la primera guerra mundial en todos los aspectos de la actividad humana, pero queda aún mucho por estudiar al respecto, y es especialmente importante el análisis de las posibles soluciones que los problemas económicos requieren para alcanzar una paz estable, la que no ha podido ser lograda a pesar de los esfuerzos hechos por los gobiernos de la totalidad de los países y las distintas entidades creadas con este fin.

Una vez estudiadas las consecuencias que sobre la economía mundial tuvo la guerra de 1914, analizaremos bajo el mismo aspecto la segunda guerra mundial, para finalmente tratar de establecer, por comparación, los resultados obtenidos mediante la aplicación de las medidas de Economía de Guerra como medio de lograr mayor efectividad bélica de los recursos disponibles a la vez que la preservación de estos mismos recursos para la recuperación económica de post-guerra.

A través de la serie de artículos

que hoy se inician aspiramos a demostrar la importancia de esta rama de la economía, y a formular, en último término, algunas recomendaciones o sugerencias en relación con la posible política que nuestro país deberá seguir en este sentido, pues es evidente que en caso de presentarse otro conflicto mundial, serán muy pocas, si es que las habrá, las naciones que hayan de sustraerse a la participación activa en él, toda vez que estará en juego, además de los intereses de tipo económico, el predominio de ideas en que de una u otra parte, participamos todos según nuestra concepción de la vida y los principios que deseamos la rijan en busca de la felicidad, no solo para nosotros, sino para nuestros hijos.

Aspiramos pues a despertar una inquietud, que a no dudarlo será de primordial importancia no solo para nuestras Fuerzas Militares, sino para el país en general, que no podrá quedar al margen de los demás pueblos en este aspecto, si no quiere verse relegado a un plano inferior en el camino de su desarrollo, por falta de previsión al planificar su economía para una emergencia que todos deseamos no se presente, pero para la cual debemos sin embargo estar preparados.

Fue la primera guerra mundial una de las más grandes catástrofes que jamás haya sufrido la civilización humana, no solo por sus consecuencias inmediatas, físicas y morales, sino también, y podemos decir que principalmente, por las mediatas, las que se han proyectado en el tiempo hasta nuestro mundo actual.

Desde la terminación de esa gran conflagración, el mundo empezó a ver el nacimiento de una nueva era política, sociológica, económica y cultural, cuya consolidación ha exigido un trabajo de tal manera intenso y penoso, que aún hoy continúa su desarrollo dejando huellas dolorosas en todos los pueblos del planeta.

Para comprender mejor las consecuencias económicas del conflicto, veamos someramente sus causas, las que, como todos los fenómenos sociológicos, fueron, al igual que sus consecuencias, **mediatas e inmediatas**.

Como mediatas o fundamentales, podemos citar entre otras: el excesivo nacionalismo, el militarismo exagerado, y el imperialismo económico. A estos fenómenos se sumaron, para hacer más inminente el rompimiento, los conflictivos sistemas de las alianzas mili-

tares, la anarquía en las negociaciones internacionales y la frecuente ocurrencia de crisis entre algunos países.

El nacionalismo no es en esencia sino un estado psicológico de un pueblo, en el cual se manifiesta el deseo de darse su propio tipo de gobierno, participar de los mismos ideales y aspiraciones, practicar una misma religión y hablar un mismo idioma.

Esta clase de nacionalismo, bien practicado, es no solamente aceptable sino benéfico, toda vez que él contribuye en grado sumo a facilitar el progreso de las naciones, estimulándolo en todos los órdenes de la actividad.

Pero exagerado, llega a convertirse en amenaza para la paz, debido a que se transforma en culto fanático que, impulsado por la irresponsabilidad termina adoptando políticas agresivas contra otras naciones, como medio de satisfacer sus desmedidas ambiciones, no ya de superación, sino de predominio.

Ahora bien: en lo que se refiere al caso que analizamos, el nacionalismo, como causa del conflicto de 1914, tuvo sus orígenes remotos en los actos políticos que dispusieron divisiones territoriales, anexiones de pueblos, y reparticiones de los mismos, sin tener en cuenta el fenómeno del nacionalismo. Tal ocurrió por ejemplo, con la repartición de Polonia; el sometimiento de Italia al control de tres estados; la anexión de Bélgica a Holanda; la dominación turca en la Península balcánica; la anexión de Noruega a Suecia; y la creación de la confederación germana, mediante lo dispuesto en el Congreso de Viena en 1815.

Estos pueblos así divididos, anexados y sometidos, encontraron en su infortunio el mejor estimulante de su nacionalismo, en busca de libertad e independencia, lo que trataron de ob-

CAPITAN HERNAN OCHOA POSADA

Graduado en julio de 1944 en la especialidad de Artillería. Sirvió por espacio de cuatro años en las siguientes Unidades: Batallón San Mateo, Palacé, Tenerife y en la Escuela de Artillería. Durante algún tiempo se retiró del servicio, para luego reincorporarse a la actividad como Oficial de Intendencia. Desde hace 6 años viene sirviendo la Dirección de los Talleres del Ejército y la Jefatura del Departamento comercial del Fondo Rotatorio que aún desempeña. Adelantó el curso avanzado de Intendencia en Fort Lee (Virginia U. S. A.). Curso de suministros dictado en Bogotá por el Doctor Anton Groot de las NN. UU. Igualmente está para terminar estudios de economía en la Universidad de Bogotá.

tener por todos los medios hasta llegar a las revoluciones. Así se continuó hasta llegar a 1914, año en que aún subsistían muchas ambiciones nacionales insatisfechas que se habían constituido en constantes amenazas para la paz mundial. El cuadro que a grandes rasgos podía apreciarse al respecto, era el siguiente:

La Italia irredenta, nombre dado a los territorios italianos sometidos a la dominación austriaca, poblados en su mayoría por italianos que deseaban su independencia y que diferían de sus dominadores en muchos aspectos de los que caracterizan a los pueblos (raza, religión, etc.), esperaban solo la oportunidad de realizar sus aspiraciones.

Bosnia y Herzegovina, bajo la dominación Austro-Húngara desde el tratado de Berlín (1878), que terminó con la guerra Ruso-Turca, preferían por entonces depender de los serbios, cuya lengua y raza les eran comunes.

Alemania había tomado bajo su dominación a Alsacia y gran parte de Lorena, dando lugar a una larga disputa con Francia, cuya definición estaba pendiente.

Los diferentes pueblos agrupados bajo la monarquía Austro-Húngara, estaban ansiosos de recuperar su independencia.

El problema de los Balcanes, donde confluyeron para chocar, los intereses de muchos países europeos, seguía sin solución.

En fin, el nacionalismo exagerado de casi todos estos pueblos, al que habían llegado por distintos motivos y caminos, se convirtió en pugna tenaz en que cada uno quería alcanzar y demostrar superioridad, estableciéndose así una rivalidad que se tradujo en competencia basada en lograr predominio de los Ejércitos, Armadas, Ma-

rinas Mercantes y en último término de las culturas.

Surgió así otra de las que hemos denominado causas mediatas: el **Militarismo**. Europa se convirtió en campo de competencia armamentista, en que cada nación rindió culto a la guerra. Vino entonces el perfeccionamiento de las armas existentes y la invención de nuevas y más potentes. En los 40 años comprendidos entre 1872 y 1912, los gastos militares de Alemania aumentaron en un 335 por ciento; los de Rusia en 214 por ciento; los de Italia en un 185 por ciento; los de Inglaterra en un 180 por ciento; los de Austria-Hungría en un 155 por ciento, y los de Francia en un 133 por ciento.

El imperialismo fue en parte el resultado de la revolución industrial, que avivó en los pueblos que la experimentaron, el deseo de expansión territorial.

Por otra parte, la rivalidad económica entre las naciones tomó la forma de lucha por los mercados, tal como ocurrió por ejemplo, entre Alemania e Inglaterra por Argentina, por las fuentes de materias primas, como en el caso de Inglaterra y Rusia por el aceite persa; por fuentes adicionales de suministro de alimentos, un ejemplo de lo cual fueron las incursiones japonesas a Manchuria; y en fin, por las migraciones de poblaciones excesivas, y campos productivos y seguros para inversiones.

Muchas de estas rivalidades económicas y no pocos proyectos imperialistas, dejaron las esperanzas de sus gestores y sostenedores, insatisfechas, creando así el resentimiento de los pueblos y predisponiéndolos para buscar en la guerra su satisfacción.

En este estado de tensión, se buscó como medio de equilibrio, el sistema de alianzas internacionales, las que sin embargo terminaron convirtiéndose

en amenaza para la paz por haberse orientado hacia la formación de bloques de países fuertemente armados.

No fue menor la influencia de la forma anárquica en que se condujeron las relaciones internacionales, de las cuales resultaron una serie de tratados secretos de defensa, de paz, de fijación de tarifas, etc., celebrados sin coordinación alguna y que como las alianzas militares, solo sirvieron para fomentar rivalidades.

Por último las frecuentes crisis entre las naciones, fueron haciendo cada vez más difícil el entendimiento entre ellas y sus aliados, por lo cual, debemos incluirlas entre las causas reales a que nos venimos refiriendo.

Entre las causas inmediatas o accidentales, encontramos: La enemistad entre Austria y Servia; el deseo servio de crear un gran estado con todos los Sureslavos, incluyendo los Bosnios y los Herzegovinios; las interferencias de Austria en los planes servios de tener puertos sobre el mar Adriático; y el hecho culminante, cuando el 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, presunto heredero al trono de Austria y Hungría y su esposa Sofía, fueron asesinados en la ciudad bosnia de Sarajevo, por un suroeslavo, un austríaco y un servio, produciéndose así un estado de emergencia que no pudo ser sorteado con fortuna por la diplomacia europea.

Se iniciaron aquí prácticamente las hostilidades. En julio 23 de 1914, Servia recibe de Austria un ultimátum con plazo de cuarenta y ocho horas; en julio 24, el ministro ruso de relaciones exteriores, informa al embajador servio en San Petesburgo, que su país se opondría a la acción austríaca en Servia; el 25 del mismo mes, Servia replica conciliatoriamente, proponiendo someterse a un arbitramento,

pero advirtiendo al mismo tiempo que no toleraría la violación de sus derechos soberanos al permitir la acción oficial extranjera en su suelo; el 28 de julio se produce la declaración de guerra a Servia por parte de Austria y Hungría. Servia se moviliza; del 20 al 23 de julio, el presidente Poincaré de Francia visita a Rusia y le promete su apoyo militar; en julio 30, Rusia ordena movilización general, recibiendo el mismo día la orden, bajo amenaza de guerra, de suspenderla, por parte de Alemania; el 1º de agosto, este último país declara la guerra a Rusia, y dos días después a Francia, para invadir al día siguiente, el 4 de agosto a Bélgica, recibiendo al mismo tiempo la declaración inglesa de guerra.

Así se precipitó la guerra llamada del 14, o primera guerra mundial, en la cual participaron bajo el título de aliados, 23 países y 4 como adversarios suyos, con el nombre de Poderes Centrales. La simultaneidad con que se desarrollaron estos hechos, solo mediaron ocho días entre el primero y el último, nos está comprobando de manera elocuente que las causas inmediatas o aparentes, fueron apenas la chispa que inició el fuego en un ambiente que venía siendo por largo tiempo convertido en inflamable por las fundamentales o mediatas. Las guerras no surgen únicamente como consecuencia de diferencias ocasionales entre las naciones; ellas son siempre preparadas por la ineptitud, la soberbia o la ambición de dirigentes que consciente o inconscientemente van conduciendo sus pueblos a situaciones que luego son incapaces de controlar, y que desembocan siempre en la miseria y la opresión, únicos dividendos que perciben quienes en ellos confiaron. Veamos si no, lo que al mundo costó la primera guerra mundial, y notemos que

es por demás dicente el contraste entre la facilidad con que se pueden encontrar los cálculos al respecto, y la imposibilidad en que se han visto los más optimistas para mostrar siquiera la más mínima utilidad material o moral obtenida por los beligerantes, bien hayan sido ellos vencedores o vencidos.

Según los cálculos autorizados de J. H. Landman y Herbert Wender, el estimativo de las bajas y costos durante el período de julio 28 de 1914 a noviembre 11 de 1918, es aproximadamente el siguiente:

Bajas:

De los 65.000.000 de hombres activamente envueltos en las hostilidades, 9.000.000 murieron en acción o a causa de las heridas recibidas; 22.000.000 quedaron temporal o permanentemente inhábiles, y 5.000.000 figuraron como desaparecidos. Cerca de unos 9.000.000 de civiles murieron de inanición o a causa de epidemias y masacres. La totalidad de las guerras del siglo XIX causaron menos de la mitad de las bajas debidas a la primera guerra mundial, la que costó al mundo aproximadamente 30.000.000 de vidas.

Costos:

Los aliados gastaron la suma de US \$ 126.000.000.000 y los poderes centrales US \$ 60.000.000.000 para el sostenimiento de la guerra. Durante el año de 1918 los dos bandos invirtieron en promedio más de US \$ 10.000.000 por hora. Dentro de las pérdidas económicas deben tomarse además en consideración: los daños a la propiedad raíz, las pérdidas en el mar, las de producción y las pensiones y ayudas monetarias pagadas a los combatientes. Si esto se computara, las cifras ante-

riorios podrían doblarse. El costo de dos horas de guerra para los EE. UU., en el año de 1918 podría equipararse al total del presupuesto de la Liga de las Naciones en un año. La mitad del dinero invertido por los EE. UU. en la guerra, sería suficiente para dotar a cada uno de los 6.500.000 granjeros de dicho país, de un tractor y un automóvil, quedando además un remanente de US \$ 600.000.000 para construcción de vías de comunicación.

El doctor Nicholas Murray Butler estima que el costo total en daños a la propiedad ascendió para todos los beligerantes a la fantástica suma de US \$ 400.000.000.000, agregando que con esta cantidad podría construirse una casa de US \$ 2.500 con US \$ 1.000 en mobiliario, y cinco acres de terreno de US \$ 100 cada uno, para cada familia de los EE. UU., Canadá, Australia, Inglaterra, Irlanda, Escocia, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia. Quedaría aún dinero suficiente para fundar en cada uno de dichos países una biblioteca de US \$ 5.000.000, una universidad de aproximadamente US \$ 10.000.000, y asignar salarios para 125.000 profesores y 125.000 enfermeras.

Es fácilmente comprensible el estado de depresión moral y material en que quedaron sumidos los países combatientes inmediatamente después de la guerra. Para mitigar esta situación se recurrió al sistema de créditos internacionales, mediante los cuales se logró que países como Alemania, Austria y Hungría, al igual que el resto de Europa adquirieran una fisonomía de aparente recuperación, fenómeno que se hizo notar durante la década siguiente a 1918. La devastación en Bélgica, Francia y los demás países afectados, fue reparada. La prosperidad de los Estados Unidos fue particularmente destacada. Los hombres de

estado en casi todo el mundo, fueron lo suficientemente crédulos para pensar que el tiempo podría cicatrizar todas las heridas y calmar las perturbaciones entonces evidentes de la economía mundial. Pero esta credulidad engendró la imprevisión, que en octubre de 1929 dió sus lógicos frutos, al presentarse en el mercado de New York el "Crash", seguido en su explosión por innumerables quiebras bancarias e industriales.

El desastre económico se extendió rápidamente a Europa, Asia, Africa, Australia y Sur América. Alrededor de 25.000.000 de trabajadores se encontraron sin empleo y hambrientos. Solo Rusia, Francia y Palestina, lograron escapar por algún tiempo a los horrores del pánico mundial. Alemania demandó de Estados Unidos fuertes préstamos para reorganizar sus industrias. Los países aliados, con grandes deudas a este mismo país, se vieron imposibilitados para equilibrar su balanza de pagos, debido entre otras causas a las barreras aduaneras formadas por las más altas tarifas de la historia, al resurgimiento de la actividad industrial en sus mercados extranjeros, y a la adopción del sistema de importaciones por cuotas. Los inversionistas, tanto norteamericanos como extranjeros, desconfiando del grado de prosperidad americana, procedieron a vender sus bonos y acciones. Los Estados Unidos se negaron a conceder más créditos o préstamos a los gobiernos y empresarios europeos. El 60% del oro del mundo se encontró ocioso en las arcas del tesoro de los E.E. U.U. Los bienes manufacturados y los excedentes de alimentos saturaron el mercado. El algodón fue destruido por el arado en los E.E. U.U., el Canadá quemó buena parte de sus cosechas de trigo; el café Brasileiro fue arrojado al mar. Durante los años

de 1929 a 1932, los precios mundiales al por mayor cayeron cerca de un tercio en términos de oro corriente. Los productos agrícolas sufrieron mayores reducciones de precio que los industriales. En el mismo período, el comercio mundial de importaciones y exportaciones se redujo en más del 60% en valores oro para todos los países europeos. Las transacciones comerciales externas de los Estados Unidos cayeron más o menos en un 68%. Los países del centro de Europa se vieron al borde de la bancarrota cuando nuevos empréstitos les fueron negados. Los bancos alemanes cerraron sus puertas. Vinieron entonces al rescate, aunque de mala gana, los Estados Unidos e Inglaterra, concediendo préstamos adicionales. Las condiciones de la economía inglesa se tornaron precarias cuando sus préstamos a largo plazo a la Europa Central fueron congelados. Su tesoro se vió agotado a causa de las dádivas hechas mediante el sistema de seguro de desempleo, y de las fuertes inversiones hechas en salud pública, además de que sus importaciones excedieron a las exportaciones y sus inversiones en campos petroleros y plantaciones de caucho no dieron mayores dividendos. Al abandonar en 1931 el patrón de oro, la libra inglesa empezó a fluctuar dejando su valor fijo de US \$ 4.87. Sin embargo, la bancarrota fue evitada merced al ahorro nacional y al comercio exterior estimulado por los bajos costos de producción de la industria. Posteriormente se inició una revisión de la política monetaria en casi todos los países, quedando solo unos pocos dentro del patrón de oro, y otros con patrones restringidos. Entonces se vió paralizado el comercio internacional mundial debido a las fluctuaciones monetarias.

A este desbarajuste económico se han atribuído varias causas entre las que

merecen destacarse:

a) El exceso de producción debido al incremento dado al uso de la máquina, que causó en sí mismo el desempleo de millones de trabajadores.

b) La racionalización de la industria o el monopolio de la misma tuvo similares resultados, contribuyendo además al incremento de los precios. Al respecto podemos anotar que ni siquiera las severas leyes americanas contra la formación de "trusts", fueron suficientes para frenar el proceso racionalizador de las industrias en sus manifestaciones extremas y perjudiciales.

c) Las deudas de guerra que hicieron decrecer en grado sumo el poder de compra de Europa.

d) La depreciación desmesurada de la plata y la desigual distribución del oro, que afectaron desfavorablemente el comercio y el crédito internacionales.

e) Las altas tarifas aduaneras y las cuotas comerciales de importación, al interferir con el comercio internacional, haciendo imposible a muchos países el encontrar mercados para sus sobrantes de producción.

f) La falta de un plan racional de producción y distribución, contribuyó en igual forma al caos internacional.

g) El balance de la producción, distribución y consumo, indispensable en toda economía bien dirigida, no se logró, opacándose por este motivo la imponderable contribución del capitalismo a la civilización moderna como resultado de su eficiencia en la producción de bienes, pues la distribución y consumo de esos bienes no recibieron del sistema la misma tensión y estímulo que aquella.

h) La inseguridad del comercio exterior, causada por los fenómenos anteriores, contribuyó también a agravar la situación económica mundial.

Varios autores citan otras causas, pero creemos que las anotadas fueron las principales, y son suficientes para explicar el fenómeno que nos ocupa.

Pueden haber sido estas las causas del pánico mundial, pero es lógica y fácilmente comprensible, que tanto ellas como este, y el desastre mundial de la depresión económica, no son en último término más que consecuencias de la primera guerra mundial, así como la segunda, precursora de la era atómica, no fue otra cosa que la culminación de una etapa en el proceso de recuperación mundial económica en que continuamos empeñados sin lograr su consolidación, y lo que es peor, sin la esperanza de conseguirla por los caminos hasta ahora seguidos.

Sin embargo, y a pesar de todo, la casi totalidad de los pueblos siguen esperando que sus dirigentes se den cuenta, como parece que al fin empiezan a hacerlo, de que la solución para los problemas que con frecuente y excesiva terquedad se han empeñado en calificar como de tipo estrictamente político, requieren en primer término un planteamiento económico, toda vez que las convulsiones sociales que agitan al mundo, no tienen en manera alguna causas exclusivamente políticas, sino que son primordialmente el resultado de los errores en que han incurrido los países desarrollados en la orientación de su política económica con relación a los pueblos sub-desarrollados o en trance de desarrollo progresivo pero aún incipiente sin bases firmes en sus recursos económicos.

El desastre económico que acabamos de entrever hubiera podido ser, si no evitado, al menos limitado en sus manifestaciones y consecuencias, de haberse aplicado por cada uno de los países una sana y bien planeada economía de guerra, que además de dirigir los recursos nacionales hacia el

acrecimiento del potencial bélico, hubiese asegurado el desarrollo normal de la actividad económica durante el período de guerra, adaptando su proceso a las modalidades de tal situación, y que, en fin, al proveer los resultados posibles del conflicto, hubiese tenido en cuenta las medidas a adoptar en cada caso para lograr la pronta recuperación de la economía, facilitando por este medio la readaptación de la Nación a las actividades del tiempo de paz.

Si nos detenemos a analizar las que

hemos citado como causas de la depresión o crisis de 1929, vemos que todas ellas, así como muchas de las que motivaron la guerra, son de carácter económico y por lo tanto deben ser tratadas como tales. Esta sola consideración es suficiente para destacar la importancia que para nosotros, como para todos los países del mundo tiene el estudio de la rama de las Ciencias Económicas que los economistas han denominado "Economía de Guerra" y que, dicho sea de paso, ha sido subestimada en nuestro medio.

Se dice que la economía es una ciencia porque investiga leyes y las precisa. Y la Ley es la relación de causa a efecto entre los fenómenos. Así, por ejemplo, cuando se establecieron la teoría cuantitativa de la moneda, el principio de la división del trabajo, la ley de la oferta y la demanda, se procedió con criterio científico.

Las Leyes económicas se clasifican en estáticas y dinámicas. Las primeras corresponden a fenómenos o hechos determinados, en tiempo y país también determinados. Ejemplo: cuando se fija el promedio del circulante en un lapso de varios años. Las Leyes dinámicas, en cambio, son resultado de la investigación científica. Siguiendo el ejemplo anterior, podría decirse que el estudio de las causas que determinan la expansión o la restricción del circulante en una determinada época, es una Ley dinámica de la economía.

Al decir de GUSTAVO CASSEL, la característica de la vida económica es su continuidad; no conoce principio ni fin. La ciencia económica, escribe, tiene por objeto una economía perpetua, y particularmente un proceso de producción; se prolonga en el tiempo; no participa del carácter temporal que tienen muchos de los fenómenos que ella estudia.

La ciencia económica tiene también una significación política, porque una de las razones del orden político es la lucha económica; y la política es casi siempre el medio de alcanzar fines económicos. A la ciencia económica le corresponde, en síntesis, conformar, transformar y orientar las aspiraciones de mejoramiento social y material que se manifiestan, generalmente confusos, en todas las clases sociales.

ABEL CRUZ SANTOS